

## *EINNOVA ARTE: ¿QUIÉN SOY?*



*Laura Díaz Lázaro*

*Estudiante de Máster de Formación al Profesorado de Educación Secundaria,  
Bachillerato y Formación Profesional. Graduada en Bellas Artes  
laura.diaz.la@gmail.com*

Todos los seres humanos tienen necesidad de responder a la pregunta ¿Quién soy? Buscar esta información, da sentido a las propias acciones.

Para responder a esa pregunta, en este artículo no centraremos en el retrato. El retrato es un género con una gran carga simbólica en la representación de la identidad de una persona. Proporciona al sujeto tomar conciencia de sí mismo, mostrarse al exterior: es un espejo de la realidad o el reflejo de la sociedad (puede ser modificado por estereotipos, modas, etc.). El retrato que proyectamos es el conjunto de vivencias propias, no de la sociedad, porque «este reflejo que la sociedad inviste con poder de identificación sólo es una caricatura ofensiva, una especie de embalaje grosero del yo, una traba intolerable de la conciencia» (Melchor-Bonnet, 1996, p.263). Así, mediante el retrato reafirmamos nuestra identidad. *¿Dónde se encuentra la verdadera identidad?* En los fragmentos. La verdad está en la densidad de los pequeños detalles. La fragmentación conlleva a una mayor exactitud: claridad de definición, delineación entre los límites, la fidelidad de estos fragmentos, la sensación de ahondar en la realidad de la verdad. Refiriéndonos al cuerpo «La fragmentación humana conlleva una mezcla de fascinación y horror, un deseo de crueldad y de miedo, de experiencias límite y sensaciones excesivas» (Cortés, 1996, 49).

En los fragmentos para encontrar la identidad, son partícipes muchas teorías: la identidad social, la identidad física, y la identidad psicológica como afirma Cortés: «el concepto de cuerpo no es un hecho objetivo e inmutable, sino un valor producido tanto por la historia personal del sujeto como la presencia del entorno físico y cultural en el cual desarrolla su existencia» (1996, 15). Por esto, para alcanzar los enunciados anteriores, hay que fragmentar el cuerpo y a su vez volver a fragmentar algunos de éstos. En este caso el rostro.

A la vez que el concepto de fragmento, el término de doble también es importante. Para reconocer el yo hay que fraccionar, pero también hay que introducirlo en el otro: es donde encuentra su propio complementario, porque el propio cuerpo «se nos aparece como una frontera frente a los otros» (Cortés, 1996, 20).

*¿Cuál es la identidad más auténtica del yo? ¿Cuál es la vinculación entre un rostro y los fragmentos del otro?* «El cuerpo es una construcción simbólica» (Cortés, 1996, 16), como también lo es el rostro. Existe una máscara asimilada como natural, pero ésta no lo es. Es un recurso de búsqueda para la concepción de uno mismo. La máscara es una duplicidad anatómica o la una forma de búsqueda de la representación. «El rostro y el cuerpo se camuflan detrás de disfraces, caretas, papeles, plásticos, etc., que, o bien doblan paródicamente la verdadera identidad del individuo o bien la contraponen otra diferente» (Cortés, 1996, 45).

Después de la fragmentación debemos llevar a cabo una construcción: la fotografía es un medio eficaz para reproducir la identidad. Pero ¿es la construcción verdadera?

La deconstrucción del rostro permite la discusión y la forma de reconstrucción de valores en un cruce más simbólico y documental. Los fragmentos a los que nos referimos en este trabajo son: memoria, recuerdo y fotografía.

Uno de los fragmentos más importantes, es el ojo. Es un símbolo del inconsciente, del deseo: en el límite entre lo que está dentro y lo que está afuera. Es un fragmento de identidad, pero a su vez éste permite percibir partes de identidades de otras personas. La memoria es lenguaje, por lo tanto lenguaje visual, siendo el ojo un elemento de conocimiento para el reconocimiento propio.



Partiendo del ojo como la forma de mirar, como límite, encontramos el elemento clave en la obra: partir de este fragmento, para mostrar los fragmentos en nuestra obra. El ojo, como el círculo de lo añadido a nuestras imágenes, como ese círculo vacío de identidad. Toda la obra práctica se vincula a este símbolo, porque «dos son los elementos esenciales del ojo: uno, la figura del conocimiento (ver-saber); otro, la vigilancia como símbolo de la represión (mirar lo que no se debe)» (Cortés, 1996, 45).

Un fragmento, refiriéndonos a la memoria, puede ser el álbum familiar. Los retratos desde sus orígenes han servido para mantener la memoria viva y reconstruir así, el árbol familiar. Es un depósito de memoria cargado de pequeños instantes, pequeños momentos, cargado de fragmentos de la vida de una familia, ancestral o actual.

En definitiva, se busca la identidad a través del rostro, porque «el cuerpo ha dejado de ser el rostro de la identidad humana para pasar a ser una colección

de órganos, una especie de vehículo del que se sirve el hombre y cuyas piezas son intercambiables por otras de la misma naturaleza» (Cortés, 1996, 42). El retrato-rostro es la parte más expresiva del cuerpo, considerado algo relativo en cuestiones de identidad. El retrato es el género que mejor representa la identidad a través de la imagen. Desde fotografías familiares y fotografías de propias, buscamos ese “tomar consciencia” de uno mismo. Afirmando mi identidad desde la memoria. Para esto, se parte de imágenes fotográficas familiares –retratos- que representan nuestros recuerdos; a modo de un orden cronológico de quién soy, de dónde vengo; en definitiva, una parte de identidad.

Pero para llegar a ese punto es necesario preguntarse por mi identidad en términos actuales: ésta se representa a través de fragmentos, como vimos anteriormente. La idea de que la identidad actual parte de éstos, en este trabajo, desde el rostro como primera parte, se reconstruirá un nuevo rostro. La expresión de un retrato reconstruido con fracciones para encontrar *mi* identidad desde el fraccionamiento del rostro. El objetivo será, por tanto, a través del concepto de identidad fragmentada, representar mi identidad a partir de distintos retratos familiares. Será una representación a través de recomposiciones de un nuevo retrato fragmentado, un retrato dual, en el que aparecerán superpuestos varios rasgos de distintos sujetos.

Con este proyecto se quiere llegar a una reflexión sobre conceptos como retrato, memoria personal, representación, como elementos constitutivos de la identidad propia.

Partir de la memoria se convertirá en el viaje de una nueva mirada crítica hacia los rasgos identitarios establecidos por la sociedad. Por un lado, las nuevas representaciones de los distintos retratos confieren a cada uno de ellos nuevas simbologías. Sólo son representaciones de sujetos, la presencia de la ausencia. Su identidad está oculta entre velos. Por otro lado, la selección de objetos que acompañan a algunos de ellos se centra en su simbolismo, en su referencia al pasado, a lo recordado o a lo conocido. Es así como comienzan a surgir interrogantes: ¿qué es un retrato?, ¿representa al sujeto fotografiado?, ¿muestra la identidad, o sólo es un límite para mostrar la otredad?, ¿cómo se percibe este elemento dentro del espacio social?, ¿tiene connotaciones?, ¿dónde está mi identidad dentro de esos recuerdos, de esa memoria familiar?

Para responder a todas estas cuestiones debemos analizar en primera orden el concepto de retrato: El retrato fotográfico ([www.fido.palermo.edu.com](http://www.fido.palermo.edu.com)) es un discurso que forma parte del ser humano. Es un género que muestra, como bien descubrió el fotógrafo Richard Avedon, la identidad. Tiene un gran significado social, dado que es distinta nuestra imagen real a su significado social. «La fotografía es percibida por el gran público como una especie de prueba que certifica lo acontecido en el pasado, en la historia personal y cotidiana de todos nosotros» (Marzal Felici, 2011, 57).

En este apartado, el estudio se centra en la importancia que tiene el retrato, el rostro, en la construcción del individuo, basándonos en la consideración de la identidad del sujeto dentro de cada sociedad para exponer, después, las conductas del mismo en distintas situaciones. Es decir, partimos de la imagen fotográfica para incidir en la idea de yo.

El retrato es un fiel reflejo de los sujetos pero también es «huella de lo real en la que se produce una mediación, es decir, una transformación de lo real» (Marzal Felici, 2011, 61). Puede plasmar la identidad de la persona representada en la fotografía, pero también puede tener un sentido dual.

Según Michela Mazano:

«el cuerpo funciona como el signo de nuestra finitud y, debido a ello, nos devuelve a todo aquello que diariamente se evita reconocer: nuestra fragilidad, nuestras debilidades, nuestros límites, nuestras enfermedades, nuestra muerte... porque siempre se crean imposiciones sobre qué somos o cómo somos, perdiendo la esencia, encontrándonos con límites en la representación de la identidad y esto no se produce debido a que «el cuerpo se desplace intermitentemente de una dimensión a otra, es decir, de una representación del rostro a otra distinta: el lugar de la experiencia se desdobra, se multiplica, en un modo tan sorprendente como para que una sola subjetividad se manifieste a través de varias corporeidades contemporáneas entre sí» (2013, 11).

El sujeto tiene un rostro con un valor, es decir, una identidad que muestra a la sociedad, su documento de identidad. La sociedad hace que este documento sea contradictorio: mostramos nuestra identidad primitiva, ancestral y, a su vez, una identidad social, con estereotipos. Pero las dos muestran algo común: una definición de sujeto concreto completado con las dos contradicciones anteriormente dichas (la real y la social).

Es más, estas dos visiones nos acercan al término de representación del retrato, con la importancia que muestra en el individuo el concepto de identidad, y lo que supone para la construcción de su personalidad, de su dualidad. «La identidad está compuesta por fragmentos. También la imagen-acto fotográfica interrumpe, detiene, fija, inmoviliza, separa, despega la duración captando sólo un instante. Especialmente, de la misma manera, fracciona, elige, extrae, aísla, capta, corta una porción de extensión» (Marzal Felici, 2011, 77). A lo largo de este apartado, se desarrolla cómo el retrato puede construir una nueva representación de la identidad de un sujeto a través de dichos fragmentos.

La fotografía sólo es una huella de lo real:

«En la imagen fotográfica se instala un pequeño trozo de tiempo, en ella, una fracción de segundo queda tomada de una vez para siempre, destinada a durar. La temporalidad fotográfica pasa a tener en la imagen un valor completamente distinto a la temporalidad cronológica: es un tiempo que deja de transcurrir, donde el instante es eternizado. Es el tiempo de la duración. Así pues, el corte temporal

que implica el acto fotográfico no es sólo una reducción de la temporalidad a un único punto, es decir, la pura instantaneidad. Si vamos más allá del instante congelado, descubriremos que el corte temporal es también transición o superación hacia una nueva inscripción en la duración: el tiempo fotográfico es el tiempo de la detención, pero también de la perpetuación de lo que tuvo lugar una vez. Un instante que apenas percibimos tangencialmente y que en la materialidad de la imagen fotográfica permite ser percibido de un modo completo pero irreal» (Marzal Felici, 2011, 77).

En otro orden, para analizar los límites entre qué es sujeto y qué estereotipo, qué representa cada rostro dentro de términos identitarios, hay que renunciar a los estereotipos sociales, mediante los cuales se pueden transformar cada uno de los fragmentos del cuerpo. Hay que dar otra perspectiva, ir más allá del sujeto conocido: hay que separarse de sus acciones, de sus memorias, de sus recuerdos, hay que buscar en su historia, pero también, hay que oponerlo a muchas de estas cuestiones para encontrar otros significados. Es decir, hay que estar «atento a las transformaciones rítmicas de la vida, de la vida individual, de la vida social, pero también de la vida de la naturaleza, como parte de ella que somos» (Laplantine, 1996, 13). Ya no se habla de un sujeto único. Todo va más allá de la presencia o representación del sujeto. «El sentido de la verdad que encontramos en las transformaciones de Proteo, en sus engañosos artificios, es el de un proceso de desvelamiento que, superponiendo identidad y diferencia, alumbrando un conocimiento, un saber eminentemente simbólico y representacional» (Jiménez, 1993, 88). El cuerpo siempre está más allá de lo que puede decirse de él, ese más allá es el objetivo de este trabajo a través de ese cuerpo autobiográfico. Lo que se percibe antes de llegar a ese más allá sólo es la relación de la experiencia, de la cultura, del otro. No permanece la identidad sobre este cuerpo, la cultura le confiere valor. Pero la cultura no es un término necesariamente negativo para éste.

Según Edmond Barbotin

«el hombre es el único animal que posee rostro, pues es también el único en que la manifestación de sí se hace acto. El sujeto está ligado al rostro. La conciencia de mi apariencia está indisolublemente ligada a la de mi identidad, es uno de sus fundamentos más estables, incluso dirige su evolución, especialmente a lo largo del crecimiento. La mirada de mis semejantes es para mí un espejo: tal como me aparezco a los demás, así me veo, en eso me convierto poco a poco» (Barbotin, 1970, 151).

El retrato siempre ha sido la representación de la figura humana, desde la antigüedad hasta la actualidad, aunque ha cambiado en su concepción a lo largo del tiempo, por la evolución en la representación del individuo.

La fotografía, desde la aparición del primer procedimiento fotográfico, el daguerrotipo, en 1839, se ha convertido en un elemento de pensamiento con dos conceptos clave: identidad y cuerpo. Desde las primeras investigaciones de Niepce sobre la fotografía con sales de plata, hasta que Daguerre continúa con los experimentos y logra acortar los tiempos necesarios de exposición con el daguerrotipo, la fotografía es un medio centrado en el retrato de personas. Desde este punto de vista, es el medio que nos permite mostrar y/o recordar nuestro cuerpo como si fuese nuestra biografía. El relato de esta autobiografía se conforma también con imágenes de familiares; todas ellas crean una historia de cada sujeto. Cuando éste deja de existir, su vida queda como experiencia en el recuerdo.

Según la Real Academia de Lengua Española, *¿Qué es el retrato?*

-Pintura o efigie principalmente de una persona.

-Descripción de la figura o carácter, o sea, de las cualidades físicas o morales de una persona.

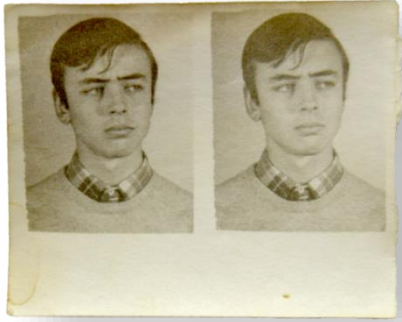
-Aquello que se asemeja mucho a una persona o cosa.

El retrato fotográfico (entendido en nuestro caso como rostro, como fragmento), ha sido una práctica para mostrar la representación del ser y su imagen. La fotografía no es una realidad, es en sí misma una representación: es un fragmento de un sujeto, en un tiempo y espacio determinado. Representación de un testimonio, de una narración de presencias, que están o que un día fueron. Muestran una experiencia, una reflexión sobre la identidad de cada sujeto, en cada momento. Gombrich veía el retrato «como un instrumento utilizable, un mapa útil, resultado final de una larga travesía de esquemas y correcciones. No es una anotación fiel de una experiencia, sino la fiel construcción de un modelo de relaciones» (Apezteguía Bravo, 2003).

Los seres humanos siempre han estado sujetos a su apariencia, a trascender en el tiempo construyendo su propia historia. El retrato fotográfico, además de tener otras funciones, se utiliza como herramienta para crear la historia individual y familiar; para dejar una memoria. El retrato a veces es tratado como un simple elemento de identidad, como sería el caso de una imagen de carnet, pero conlleva una importante fuente de conceptos antropológicos.

Podemos decir que las sociedades crean e imponen estereotipos y códigos sociales para que los seres humanos puedan «convivir» en ellas. El ser humano, por naturaleza, es un ser social. La comunicación, dentro de la colectividad, también se basa en el lenguaje no verbal, mediante códigos, como el que nos ocupa, el rostro: color de la piel, facciones, etc. El rostro que vemos de un determinado sujeto dentro de una cultura, sociedad, ¿es el verdadero? Podemos decir que la interpretación del aspecto que cada persona muestra hasta connotada por códigos culturales impuestos.

El lenguaje del rostro es directo. Antes de conocer a una persona ya tenemos información según es su rostro. Los motivos para codificar los elementos del rostro dependen del contexto y de la sociedad a la que pertenezcan. Es por esto, que ningún retrato es capaz de contemplar al completo la identidad de una persona, porque, entre otras razones, el ser humano evoluciona mostrando a lo largo de su vida distintas imágenes de él mismo (varían en función de la edad), que no se podrían



mostrar en una fotografía única, de un instante único, de un tiempo único. El retrato tiene como principio representar bien al fotografiado para que éste sea bien definido. Pero no deja de ser una representación (de una persona, en un momento determinado) aunque este retrato, a su vez, sea un doble del retratado.

En definitiva, «el cuerpo hecho imagen se convierte muy pronto en el receptáculo al que se le asigna el poder de contener la identidad: el retrato hace presente a la persona» (Conde-Salazar, 2010, 20). El retrato es una imagen multiplicada que extiende a su vez la identidad del retratado.

Partiendo de las interpretaciones alrededor del cuerpo, «¿es el cuerpo un elemento fundamental para la comprensión de la condición histórica del hombre?». El cuerpo siempre ha estado dentro de la historia, pertenece a la naturaleza, es por esto que siempre hay una memoria, o una representación ancestral en la construcción de nuestra memoria personal, y es que siempre la identidad, al estar relacionada con la memoria, es una construcción elaborada y depende del contexto en el que se configura. «Ser es, esencialmente ser memoria; es encontrar una forma de coherencia, un vínculo entre lo que somos, lo que queríamos ser y lo que hemos sido» (Colinas, 2006).

Al hablar del concepto de identidad hay que remitirse al concepto de memoria. La memoria es la capacidad de retener el pasado en la conciencia y revivirlo, aunque también, el término memoria puede estar unido al concepto de autobiografía al que hemos aludido. «Es aquí cuando se denomina memoria al relato que de una forma más o menos fiable describe los hechos y acontecimientos que el autor ha vivido como testigo o protagonista». Ésta es igualmente el soporte de la identidad personal. Nos definimos por la suma de nuestros recuerdos, porque «cambiar la memoria es cambiar de identidad» (Colinas, 2006).

La construcción de la identidad tiene que ver con la historicidad, es decir, con el registro de la memoria a través de datos, imágenes, etc. La memoria personal nos lleva a un autoconocimiento del yo: proporciona el lenguaje

clave para anclarnos en nuestro *representarnos* a nosotros mismos como personas.

*¿Mi identidad según mi memoria?* El proceso de construcción y reconstrucción de recuerdos, memorias, imágenes, etc., hace que no sea una identidad original y permanente, sino que, según la época, las vivencias y los recuerdos, ésta es dinámica y está en constante reconstrucción. Las memorias son múltiples:

«siento la vida por todos estos múltiples y variados sentidos en los que se hace presente mi continuidad con el mundo. Soy un cuerpo entre otros cuerpos; un cuerpo que se mueve, como se mueven las hojas de los árboles; un cuerpo que también se queda frío e inmóvil como cualquier roca, metal, o mueble. Comparto con esos cuerpos, es decir, con cualquier otra porción de materia, muchas cualidades. Pero hay algo que me singulariza como cuerpo: la conciencia y con ella la memoria» (Poza, 2002, 85).

La necesidad de investigar sobre la memoria en este trabajo, se debe a la necesidad de encontrar cuál es la identidad propia de un sujeto en concreto, en este caso, la mía propia. Tenemos la necesidad de retener las imágenes de nuestra familia, en ocasiones no la que nos rodea en dicho momento, sino también, imágenes de nuestro álbum familiar, que es parte de nuestra memoria y de nuestro autoconocimiento. Esta última, con el tiempo es desdibujada, por lo que necesitamos «hojear» ese álbum. Es necesario recuperar el pasado para llegar al presente. «El trabajo sobre la memoria vuelve su mirada hacia el pasado para poder comprender mejor el presente, desde sus carencias y sus quiebras» (Koch, 2003).

El objetivo de la funcionalización de la representación de la identidad es la de «sacar a la luz la identificación del yo con una imagen como su desposesión, de una manera particular, que parece derivar directamente al principio fundamental de Lacan según el cual el yo es un constructo imaginario» (Martínez-Collado, 2008, 145).

Por esto, *¿qué papel tiene la construcción de la identidad del sujeto mediante fotografías de memoria?* Partimos de la idea de que las experiencias de esta memoria nos definen. Por tanto, en el proyecto práctico que acompaña a esta investigación, como se ha mencionado, aparecen sólo rostros y no el cuerpo completo. Seleccione fotografías de rostros de familiares, y éstas a su vez son mezcladas con fragmentos de otras propias, componiendo una sola imagen. Esta búsqueda autobiográfica, se basa en una nueva lectura de la imagen, en términos de dualidad: del yo y del otro.

Ese «ir más allá», ya citado, de la visión que nos presenta la verdad, a través de los objetos, a través de los recuerdos, a través de la tecnología como es el caso de la fotografía, ese ir más allá es uno de los aspectos que configuran este trabajo.

En otro orden, para Emilio Lledó: «ser es, esencialmente, ser memoria». La reconstrucción de la identidad del hombre es, por tanto, reconocerse dentro de la memoria, reconocer y reconstruir su propia vida a través del sentido de la memoria propia a través del lenguaje: este puede ser escrito, en imagen o a través de objetos o poética. Pero no solo hay que centrarse en la finita memoria de cada sujeto: hay que entender ésta misma e ir más allá, así como decía José Antonio Marina, «la memoria no es tanto almacén del pasado como entrada al porvenir. No se ocupa de restos, sino de semillas. Como tendremos ocasión de ver, creamos grandes novedades con materiales viejos» (Colinas, 2006).

Sencillamente la memoria es un cúmulo de representaciones no transparentes de la realidad: es un tránsito de recuerdos que vienen impuestos por nuestros ancestros en parte, sobre todo, hablando de la fotografía. Existe un reconocimiento de esa memoria a través del lenguaje de otros sujetos: esto consiste en la repetición de información, de generación en generación, por parte de nuestros antepasados, como vínculo de nuestra identidad, convirtiéndose en memoria. Por ello existe un reconocimiento del yo.

Para llegar a la identidad hay que pasar por el previo reconocimiento, éste puede verse a través de un recorrido por la memoria. Hay cambios fundamentales que se mostraron en estos conceptos: uno de ellos fue el desplome de las jerarquías sociales, que solían ser la base del honor. Según José Antonio Marina:

«La importancia del reconocimiento se modificó e intensificó a partir de la nueva interpretación de la identidad individual que surgió a finales del siglo XVIII. Identidad individualizada, que es particularmente mía, y que yo descubro en mí mismo» (Marina, 1993, 47).

Este reconocimiento es la búsqueda del yo. Esta valoración nos lleva a Lionel Trilling: según este autor hay que tener una relación consigo mismo para encontrar el yo. Es con la autenticidad de esta búsqueda como se dan unas circunstancias que determinan los puntos de partida de la identidad, porque «ser fiel a ti mismo parece garantizar todavía la verdad y la continuidad de sentido» (Mollenhauer, 2010).

En definitiva, para llevar a cabo la construcción de una auténtica identidad, tenemos que

«comprender la íntima conexión que existe entre la identidad y el reconocimiento. Tendremos que tomar en cuenta un rasgo decisivo de la condición humana que se ha vuelto casi invisible por la tendencia abrumadora monológica de la corriente principal de la filosofía moderna» (Marina, 1993, 52).

Hay que fragmentar el cuerpo, partir de la memoria para crear un reconocimiento, relacionarnos con el otro, y presentar el yo. Porque «las personas por sí mismas, no adquieren los lenguajes necesarios para su

autodefinición» (Marina, 1993, 53). Necesitamos las relaciones para realizarnos, no así para definirnos. En la misma línea que las declaraciones de Emilio Lledó, Taylor opina: «para descubrir la propia identidad hay que entrar dentro del lenguaje, elaborar un aislamiento dentro del reconocimiento, pero también un diálogo interno con esta memoria: mi propia identidad depende de mis relaciones dialógicas con los demás» (Marina, 1993, 55). Entrar en diálogo con los demás es fragmentar nuestra vivencia, nuestro yo, y llegar así a la construcción de nuestra identidad: la verdadera, analizada desde el reconocimiento del sujeto, y no desde el punto de vista social y cultural.

La verdad está en la densidad de los pequeños detalles. La fragmentación conlleva a una mayor exactitud: claridad de definición, delineación entre los límites, la fidelidad de estos fragmentos, la sensación de ahondar en la realidad y en la verdad. «El concepto de cuerpo no es un hecho objetivo e inmutable, sino un valor producido tanto por la historia personal del sujeto como la presencia del entorno físico y cultural en el cual desarrolla su existencia» (Marina, 1993, 15). Por esto, para alcanzar todos los enunciados anteriores hay que fragmentar el cuerpo y a su vez volver a fragmentar algunos de éstos. En este caso el rostro.

Antes de analizar el concepto de fragmento, hay que partir del término del doble. Para reconocer el yo hay que fraccionar, pero también hay que introducirlo en el otro: es donde encuentra su propio complementario, porque el propio cuerpo «se nos aparece como una frontera frente a los otros» (Marina, 1993, 20).

Adentrándonos en la parte práctica, para representar el concepto de identidad, como ya hemos ido analizando a lo largo de este trabajo, y queriendo llegar a una identidad multiplicada tuve que usar una técnica que así me lo permitiera: el grabado. Partir de una misma matriz realizada a través de un fotolito me permitía realizar un gran número de variaciones partiendo de una misma base. Desde ésta, intento variar en un mismo retrato, para dar apariencias distintas, siendo así que los rostros no siempre son iguales. Éstos se pueden mezclar a través de símbolos, elementos culturales, dándole otra categoría: no sólo contemplar un retrato



como tal, sino: donde se encuentra, que elementos le rodean, en definitiva, alcanzar un lenguaje completo. Éste también, a lo largo de la historia, la fotografía ha dado paso a múltiples representaciones del sujeto y la imagen que se da de éste.

Otro aspecto a tener muy en cuenta es la selección de los retratos: la recopilación de fotografías, en su gran mayoría antiguas, de los álbumes familiares. Este matiz entra en juego con la



interpretación de la identidad que aquí se quiere mostrar. El resultado son nuevos rostros por la superposición de nuevos rasgos, pero el retrato original no quedará totalmente perdido: éste será representado

en el recuerdo, en la memoria familiar.

Se realizó distintas selecciones con las fotografías, hasta coger los rostros que más me interesaban. Una vez obtenido los retratos base, realizando otra extracción de propias imágenes, para seleccionar los fragmentos más que colocaría después sobre estas primeras imágenes, las fotografías familiares.

El resultado práctico de este trabajo ha sido una serie de piezas realizadas todas ellas mediante la técnica de grabado como base. La técnica de grabado es muy amplia, por lo que me decanté por el proceso de fotopolímero, Éste es una producción técnica dentro del grabado calcográfico en hueco. Hay tres paradigmas dentro de la actividad artística de la estampa en esta técnica. En este proyecto, nos centraremos en el «*paradigma fotográfico*, referido a todas las estampas producidas por la conexión dinámica y captación físico-químico de fragmentos de un mundo visible. Este tipo de imágenes, que dependen de la captura de un objeto real, guardando semejanzas con este objeto capturado, son imágenes analógicas» (Boegh, 2004, 9). La base de estas piezas es la fotografía. Se trabaja desde los estratos de una fotografía analógica impresa en papel hasta la modificación de la misma digitalmente, para volver a un proceso técnico de reproducción, como es la estampa. Es por esto, por lo que se optó el uso del fotopolímero como técnica de realización. A través de las planchas de fotopolímero, encontramos como ventaja que para estas imágenes: « éstas producen tonos grises sumamente finos a partir de positivos el tono continuo y positivos de medio tono estocásticos» Boegh, 2004, 68). Los tonos grises son muy importantes en estas imágenes, puesto que son antiguas, sus tonos son muy grises.



La pieza *¿Quién soy?*: 8 grabados de 47 x 35 cm cada uno, realizados con matrices de fotopolímero, y tinta sobre papel Canson Edition (250 gr.) y papel Chagal (260 gr.). La tinta usada para este proceso, ha sido de color negra y sepia, decisión tomada para representar la memoria, el recuerdo, es decir, lo antiguo. Sobre estas estampas, buscando lo que se pretendía en este proyecto como primer plano a resolver, era la composición posterior a la obtención de estos grabados: un mayor análisis de lo que se quería presentar, a través de collage. Esto último es uno de los puntos

más importantes de la obra realizada, ya que estos elementos le otorgaban el simbolismo que la obra necesitaba para completarse. El elemento elegido para presentar mis obras, pensando en la exposición posterior, es un marco a modo de caja donde se integra el retrato y los elementos superpuestos a éste, otorgándoles un aspecto de caja, también, haciendo referencia a la idea del lugar donde guardar recuerdos, fotografías, etc.

«El pasado sólo es el material con el que se podrá hacer el futuro a través de los instantes presentes» (Walter Benjamin).



De esta investigación podemos concluir que la construcción de la identidad dentro de la sociedad actual, refiriéndonos al cuerpo, es un campo muy abierto para el análisis y reflexión en distintas disciplinas. Es el cuerpo el elemento clave de la tecnología, la ciencia, el arte, la sociedad; es el mejor objeto jamás creado. Es aquel que recibe todos los análisis posibles, pero también todas reinterpretaciones posibles.

En el desarrollo de este trabajo teórico-práctico, hemos podido apreciar cómo los medios cambian. Un retrato pictórico antiguo ya no significa ni

expresa lo mismo que un retrato fotográfico actual. La identidad ha pasado de encontrarse en un centro unificado a estar fragmentada.

En la actualidad, vivimos en una sociedad de cambios tecnológicos que hacen que el cuerpo se fragmente. Es una evolución que afecta a éste, en cierto modo, a través de estereotipos.

Hoy podemos ver como los discursos relacionados con el cuerpo y la identidad tienen un papel importante en la sociedad. Al encontrarnos en una sociedad dominada por la imagen, la confluencia entre los sujetos y los cuerpos están influenciados por los medios. Al vivir en una sociedad dominada por la imagen, en este trabajo hemos tomado como punto de partida el retrato para “representar” una posible identidad propia a través de mis recuerdos, ya que estas imágenes son retratos familiares. Por tal motivo, puede decirse que ya tomamos un fragmento del cuerpo, el rostro, al cual le hemos añadido más fragmentos para alcanzar un retrato de manera personal, con informaciones directas: de mi memoria, de mi intimidad.

«El cuerpo humano es fragmento y fragilidad. No somos más que seres fragmentarios de textura tan informe y diversa que cada pieza constitutiva y cada momento de nuestra vida hacen distinto juego; y se encuentra la diferencia, tan grande, entre nosotros y nosotros y los demás» (Blanco-Mayor, 2000).

La necesidad de ser aceptados por la sociedad en la cual vivimos, hace establecer una gran presión sobre el individuo. Salir de esta sociedad y centrarnos en uno mismo para encontrar el núcleo y los fragmentos que componen mi yo, es el objetivo marcado en la realización de este trabajo: basarme en la memoria familiar, imágenes de ésta y mías, y realizar nuevos retratos contruidos con fragmentos de estas fotografías.

Tras esta investigación realizada para este proyecto, he ampliado mis conocimientos sobre el nuevo representar de la identidad a través de fragmentos, de la memoria y de la simbología establecida por la sociedad. He constatado que nos encontramos en un constante flujo de imágenes, recuerdos, imposiciones, estereotipos; y todo esto depende de la sociedad en la que nos encontremos o, en el caso de esta búsqueda, a través de fragmentos de familiares de la memoria y recuerdos de éstos.

La memoria va del presente al pasado; desde mí hasta mis antepasados, como referencia a quién somos.

En ocasiones quisiéramos saber los fragmentos de los que se compone nuestra identidad, pero esto no es posible, aunque si analizar ésta desde la

práctica artística como se ha realizado en este proyecto. Hemos tomado como fragmentos: retratos familiares y retratos míos.

Los sujetos en nuestra memoria se desdibujan. Para poder reconstruirlas es necesario que hagamos uso del álbum familiar para no olvidar totalmente esas memorias.

Estas memorias son fragmentos referidos a la identidad de mi familia, centrándonos sólo en los rostros. He trabajado sobre los retratos-rostros ya que son lo primero que recordamos y es, también, un elemento que mejor representa la identidad. Lo que me interesa resaltar sobre los rostros es el fraccionamiento al que el cuerpo se somete, ya que a través de fragmentos míos, el rostro queda reconstruido, siendo un nuevo retrato. Un retrato que me interesa resaltar cada fragmento mío, en un retrato distinto y en un proceso de búsqueda de identidad.

Tras plantear la relación entre el retrato, la memoria y la identidad, podemos concluir que el retrato propuesto por la sociedad no es la representación del sujeto en sí, sino un rostro imaginario y cargado de simbolismo. Imaginario en el sentido de unos significados no reales, sino atribuidos por estereotipos.

En cuanto al retrato, que es el objeto principal de nuestro estudio y conforme a lo desarrollado, la representación de la identidad en la actualidad se presenta bajo un conjunto de fragmentos. Es la representación de un cuerpo real, un sujeto con otros valores ante la sociedad.

La construcción de estos retratos asociada a la idea de simbolismo se presenta mediante objetos superpuestos, nuevamente, para aproximarse a la identidad personal, regida en una fotografía de retrato sola con patrones. En este sentido, la representación e interpretación del retrato y los objetos se verá relacionada con el sentido que el espectador le atribuye en base a sus competencias.

En conclusión, los resultados de esta investigación han sido positivos. La idea de la identidad mediante fragmentos, porque «los fragmentos no son frágiles, pues, cuanto más disminuyen mejor resisten», ha sido el camino a seguir para crear los retratos fragmentados y plasmar esta idea en la obra plástica.

¿Quién soy? responde a mi interés tanto en la investigación del cuerpo dentro de la creación artística como en el estudio de la identidad personal, en este caso, la mía a través del rostro, a través del retrato: construir la identidad a

través de fragmentos de una misma memoria, es decir, partir de la familia para encontrar esta construcción.

## REFERENCIAS

- MELCHOR-BONNET, Sabine. *Historia del espejo*. Ed. Herder. Barcelona. 1996.
- CORTÉS, José Miguel G. *El cuerpo mutilado. La Angustia de Muerte en el arte*. Generalitat Valenciana. Valencia. 1996.
- MARZAL FELICI, Javier. *Cómo se lee una fotografía. Interpretaciones de la mirada*. Ed. Cátedra. Madrid. 2011,
- CRUZ SÁNCHEZ, Pedro A. *Cuerpo, Ingravidez y enfermedad*. Edicions Bellaterra. Barcelona. 2013.
- LAPLANTINE, François. *El sujeto, ensayo de antropología política*. Edicions Bellaterra. 1996Barcelona.
- JIMÉNEZ, José. *Cuerpo y tiempo: La imagen de la metamorfosis*. Ed. Destino. Barcelona. 1993.
- BARBOTIN, Edmond. *El lenguaje del cuerpo II*. Ed. Universidad de Navarra. Pamplona. 1970.
- CONDE-SALAZAR, Jaime. “Un cuerpo que no está allí”. En VV.AA. *El cuerpo como objeto-The body as an object*. EXIT. Ed. Autor-Editor. Madrid. 2010.
- POZA, Alicia. “La invasión de los ultracuerpos”. En VV.AA. *Pensando el cuerpo. Pensando desde un cuerpo*. Popular Libros. Albacete. 2002.
- KOCH, Eva. Catálogo. Centro Galego de Arte Contemporánea. Junta de Galicia. 2003.
- MARTÍNEZ-COLLADO, Ana. *Tendencias: perspectivas feministas en el arte actual*. Ed. Cendeac. Murcia. 2008.
- BLANCO-MAYOR, Carmelo. “Disciplina de los cuerpos: límite, orden y deseo”. En VV.AA. *pensando el cuerpo*.
- MOLLENHAUER, Klaus. Monográfico: ¿Es inevitable corregir el concepto de formalización general?
- BOEGH, Herik. *Manual de grabado en hueco no tóxico. Barnices acrílicos, película de fotopolímero y planchas solares y su mordida*. Universidad de Granada. Granada. 2004.
- APEZTEGUÍA BRAVO, Miguel Ángel. *Juegos en torno a la identidad en ocho artistas contemporáneos*. UCM. Madrid. 2003.
- COLINAS, Antonio. *Autoficción y Psicoanálisis en leyendo en las piedras*. Madrid. 2006.